

LOS FRANCESES, ANTÍPODAS DE LOS ESPAÑOLES EN GRACIÁN

CARLOS VAÏLLO

Toda la carrera literaria de Baltasar Gracián se desarrolla en medio de la dura y larga contienda final entre España y Francia por la supremacía europea. Como otros intelectuales de su generación, sufrió el impacto de la declaración francesa de guerra en 1635¹ y pudo presenciar algunas fases heroicas de la desastrosa lucha desde primera línea del frente.

A pesar de su orgullo de combatiente y de su natural identificación con la causa española, Gracián no se ofusca en sus juicios sobre Francia, no siempre vista a la peor luz. Como otros españoles distingue a los franceses enemigos de los amigos (en su caso, los de su mecenas, don Vincencio Juan de Lastanosa: el duque Gastón de Orléans y el bibliófilo tolosano Filhol). Ciertamente, y pese a los muchos libros franceses de la biblioteca de Lastanosa, como al común de los intelectuales españoles de su época, le falta quizá un mejor conocimiento de la literatura francesa, que se limita a unos pocos autores, historiadores y tratadistas sobre todo (Commynes, traducido y glosado por Vitrián, Pierre Matthieu, Muret, Margarita de Valois, Bodin, y tal vez el tratado de Faret *L'honnête homme*).² De estas y otras obras extrae el moralista Gracián un repertorio de ejemplos vivos del pasado o del presente con que ilustrar sus categorías y dechados de conducta: reyes y estadistas franceses compa-

1. Ha sido objeto del sustancioso estudio de J. M.^a Jover, *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación*, Madrid, 1949. La alianza entre una potencia católica como Francia y los herejes protestantes contra el principal campeón del catolicismo causó consternación.

2. Véase Asensio Gutiérrez, *La France et les Français dans la littérature espagnole. Un aspect de la xénophobie en Espagne (1598-1665)*, Saint-Étienne, 1977, pp. 129-277. Sobre Lastanosa, esp. pp. 207 y ss.; sobre Gracián, pp. 232-233, 245, 252 y ss., 261.

recen oportunamente en sus obras para encarnar tal cualidad o defecto o bien para medirse con el paradigma político de don Fernando el Católico.³

A un nivel más abstracto y general de caracterización, la opinión del jesuita aragonés no siempre es desfavorable para Francia. Así, reconoce en *El Discreto*: «En Francia está tan valido el aliño, que llega a ser bizarría, digo en la nobleza. Estímanse las artes, venéranse las letras; la galantería, la cortesía, la discreción, todo está en su punto. Précianse los más nobles de más noticiosos y de leídos, que no hay cosa que más cultive los hombres que el saber.»⁴

Esta imagen se contraponía a la más corriente que un español a la sazón se formaba a partir de los buhoneros y pequeños artesanos franceses que emigraban a nuestro país en los siglos XVI y XVII: no hay más que recordar el cuadro XXXI de *La hora de todos* de Quevedo, en el que un español desbarata la mercancía y los planes de tres franceses en busca de provecho tras los Pirineos.⁵ Esta misma visión peyorativa (y muy injusta a la vez) era compartida por Gracián. Pero la representación de un vulgo empobrecido y servilmente laborioso, que poco a poco roía los recursos económicos españoles, no constituye en Gracián, al revés que en Quevedo, la única faceta examinada: se asigna a la nobleza francesa un lucido papel. Es característica de *El Criticón* una técnica perspectivista que contempla ángulos contrapuestos de la realidad.⁶

Encontramos buena muestra de ello en la crisis 13 de la Primera Parte de *El Criticón*, en donde se representa alegóricamente Francia en poder de la codicia, manifiesta en «la miseria, el abatimiento de ánimo, la poquedad, el ser esclavos de todas las demás naciones aplicándose a los más viles oficios, el alquilarse por un vil interés, la mercancía laboriosa, el andar desnudos y descalços con los çapatos baxo el braço, el ir todo barato con tanta multitud; finalmente, el cometer qualquier baxeza por el dinero; si bien dizen que la Fortuna, compadecida, para realçar tanta vileza introduxo su nobleza, pero tan vizarra, que hazen dos extremos sin medio».⁷ La miseria de la

3. En A. Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián*, Madrid, 1945, pp. 361 y ss., se enumeran sucintamente las características que destaca Gracián en los reyes franceses.

4. En B. Gracián, *Obras completas*, ed. A. del Hoyo, Madrid, 1960, p. 126.

5. Quevedo, *La hora de todos*, ed. J. Bourg, P. Dupont y P. Geneste, París, 1980, pp. 258 y ss. Otras referencias literarias a lo mismo en M. Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, 1966, pp. 385 y ss. La «indeseable presencia» de los emigrantes franceses se estudia en A. Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 21-125. Véase A. Domínguez Ortiz, «Los extranjeros en la vida española durante el siglo XVII» en *Estudios de historia social de España IV* (1960), pp. 345-355.

6. Véase M. Baquero Goyanes, «Perspectivismo y sátira en *El Criticón*» en *Temas, formas y tonos literarios*, Madrid, 1972, pp. 13-60.

7. B. Gracián, *El Criticón*, ed. M. Romera-Navarro, Filadelfia, 1938 (*reprint*, Hildesheim-Nueva York, 1978), I, p. 377. En lo sucesivo se citará por

plebe es así asimilada a un rasgo típico del carácter francés, la codicia.

En otro pasaje del mismo libro, se habla de «los sumideros de Francia» (C., II/3, p. 107), por cuanto ésta sorbe —en términos ya apuntados por Quevedo— las riquezas de las Indias por medio de sus buhoneros: «Indias os he dado y bien varatas, y aun de mogollón, como dizen, pues sin costaros nada. Y si no, dezidme, ¿qué Indias para Francia como la misma España? Venid acá: lo que los españoles executan con los indios, ¿no lo desquitáis vosotros con los españoles? Si ellos los engañan con espejillos, cascabeles y alfileres, sacándoles con cuentas los tesoros sin cuento, vosotros con lo mismo, con peines, con estuchitos y con trompas de París, ¿no les bolvéis a chupar a los españoles toda la plata y el oro? Y esto, sin gastos de flotas, sin disparar una bala, sin penetrar abismos, sin despoblar vuestros reinos, sin atravesar mares... Creedme que los españoles son vuestros indios.»

Estas palabras pronuncia la Fortuna en réplica a los franceses quejosos que le señalan su propia valía: «Francia la flor de los reinos por aver florecido siempre en todo lo bueno, desde el primer siglo hasta oi, coronada de reyes santos, sabios y valerosos [...], teatro de las verdaderas hazañas, escuela de la sabiduría, engaste de la nobleza y centro de toda virtud» (C., II/3, pp. 86-88). Que tales pretensiones no se discutan es indicio de que Gracián las aceptaba al menos tanto como creía en el provecho obtenido por los humildes buhoneros franceses y que confirma el personaje encontrado por los dos héroes poco después (pp. 103-104, 107). He ahí, pues, otra prueba de perspectivismo.

Los ejemplos aducidos sirven además para mostrar cómo determinados hechos concretos —la emigración de menesterosos franceses, el brillo de la nobleza— pasan en Gracián a integrarse dentro de categorías morales, mediante la tipología nacional francesa. Dijo Ortega y Gasset que los tópicos son los tranvías de la indagación intelectual, pues permiten acceder pronta y cómodamente a los puntos en que interesa profundizar. Para Gracián, que prácticamente no se movió nunca de la provincia jesuítica de Aragón, el viaje cumple una función reveladora del mundo y de sus gentes, necesaria para formarse como persona. A quien le estuvo vedado viajar para comprobarlo, le quedó el recurso de conocer el mundo exterior (aparte del posible trato con extranjeros) por medio de los estereotipos vulgares nacionales y las descripciones geográficas y caracterológicas de otros países. Es dudoso cuándo y cómo apareció cada tópico, pero es indiscutible que muchos perduran hasta hoy en las tipolo-

esta edición directamente en el texto con la sigla C, seguida de los números correspondientes de la parte, la crisis y la(s) página(s).

gías nacionales, como demuestran las obras de éxito de Fernando Díaz-Plaja, o antes, las de Madariaga.

En *El Criticón* cada nación europea atravesada por los dos peregrinos es objeto de un balance perspectivista de cualidades y defectos: el examen de Francia tiene lugar en la crisis 8 de la II Parte (pp. 252-254). Allí concluye la etapa francesa del viaje, iniciada en la crisis 3 de la misma parte. Pero a lo largo de cada tramo, los viajeros de la vida han podido experimentar de crisis en crisis algunas de las peculiaridades nacionales enumeradas en los balances finales. Si por ejemplo en la España de la juventud les salió al paso la lujuria y en la Alemania de la vejez el alcoholismo, en la Francia de la madurez u «otoño de la varonil edad» se enfrentarán a un conjunto de dilemas y situaciones, característicos de la sociabilidad de lo que Gracián llama «mejor tercio de la vida», y a la vez tópicos del carácter nacional francés: la codicia, la vulgaridad plebeya, la hipocresía (o ambigüedad religiosa), pero también la cultura, el saber, la amistad, la cortesía. No es que estas peculiaridades —y sobre todo las últimas prendas— se presenten como específicas de los franceses; pero, en el plano de los tópicos reductores, permiten al lector guiarse por una cómoda correspondencia entre el marco geográfico y las cuestiones morales debatidas.⁸

A esta función estructurante para la novela de los tópicos nacionales, entre ellos los franceses, cabría añadir otra que reparte los individuos por pautas establecidas de conducta, como la vieja teoría de los temperamentos. Gracián no subestima el peso de tales condicionantes en el *Oráculo manual y Arte de prudencia*: «Desmentir los achaques de su nación... No ai nación que se escape de algún original defecto, aun las más cultas, que luego censuran los confinantes o para cautela o para consuelo. Vitoriosa destreza corregir, o por lo menos desmentir, estos nacionales desdoras: consíguese el plausible crédito de único entre los suyos, que lo que menos se esperaba se estimó más.»⁹ De todos los hombres, los franceses parecen al jesuita los más prisioneros de su índole nacional, como comentan Andrenio y Critilo: «—¿Pues qué, visto uno, estarán vistos

8. Desarrolla con más detenimiento esta correspondencia B. Pelegrín, *Le fil perdu du «Criticón»: objectif Port-Royal*, Aix-en-Provence, 1984, esp. páginas 223-296, y *Ethique et esthétique du Baroque. L'espace jésuitique de Baltasar Gracián*, Arles, 1985, esp. pp. 86-110. Dan gran valor al rigor geográfico del itinerario y a su simbolismo moral G. Schröder, *Baltasar Gracián «Criticón»: eine Untersuchung zur Beziehung zwischen Manierismus und Moralistik*, Munich, 1966, p. 15; T. L. Kassier, *The Truth Disguised: Allegorical Structure and Technique in Gracián's «Criticón»*, Londres, 1976, pp. 41 y ss.

9. *Oráculo manual y Arte de prudencia*, ed. M. Romera-Navarro, Madrid, 1954, aforismo 9, pp. 27-28. Someros repasos a las distintas psicologías nacionales tratadas por Gracián en A. F. G. Bell, *Baltasar Gracián*, Oxford, 1921, pp. 12 y ss., y W. Krauss, *La doctrina de la vida según Baltasar Gracián*, Madrid, 1962, pp. 74 y ss.

todos? —Sí, que ai genio común en las naciones, y más en ésta» (C., II/3, p. 103). En la novela el conocimiento de las personas se obtiene por tipos y no por individuos, pues aspira a una validez universal.

Entre la variedad de tipos establecidos de personalidad, el Hombre en *El Criticón* ha de encontrar su camino, escogiendo los realces que le convienen y desechando los defectos que le perjudican. De ahí que una y otra vez los dos héroes examinen y se prueben un muestrario tipológico, en gran medida constituido por estereotipos nacionales. ¿Y qué mejor modo de ver resaltados los perfiles de cada opción moral que contrastados por opuestos?

Para el modo barroco de exposición y de representación, la antítesis constituye un recurso constante. Todo *El Criticón* está configurado por contraposiciones, desde la fundamental de la pareja representante de la Humanidad, Critilo y Andrenio. La mayoría de ellas está creada antes de incorporarse a la novela de Gracián: así la oposición de caracteres de franceses y españoles, que había intrigado a no pocos en tiempos de confrontación bélica (como los vividos por el escritor aragonés) y en tiempos de más pacífica convivencia. En estos últimos (las bodas reales españolas y francesas), la idea había sido explotada sistemáticamente por Carlos García en el libro editado bilingüe en 1617 en Francia con el barroco título de *La oposición y conjunción de los dos grandes luminares de la Tierra o Antipatía de franceses y españoles*: «los Franceses son muy coléricos, los Españoles flemáticos. Los Españoles son muy tardos, los Franceses muy prontos. Los Franceses son muy ligeros, los Españoles pesados. Los Franceses son muy alegres y regocijados, los Españoles muy marchitos y melancólicos. Los Franceses son muy audaces, los Españoles muy vergonzosos. Los Franceses son muy precipitados, los Españoles muy considerados».¹⁰ Gracián igualmente habla de «la natural antipatía destas dos naciones opuestas en todo, en el vestir, en el comer, en el andar y hablar, en los genios e ingenios» (C., III/7, p. 218), conviniendo con Carlos García en que los franceses «son antípodas de los españoles» (C., II/8, p. 254; cf. II/3, pp. 99-100).

En multitud de pasajes del libro hay confirmación de este aserto, pues constantemente aparecen caracterizados juntos franceses y españoles para poder contrastar uno a uno sus peculiaridades nacionales. Si más arriba hemos visto a Francia bajo la férula de la codi-

10. Ed. M. Bureau, Edmonton, 1979, p. 234. Según el autor, las características de unos y otros son complementarias para una estrecha colaboración previsible. Otros contrastes entre franceses y españoles en un texto de Servet (1541): véase en E. Burón, *Miguel Servet y la geografía del Renacimiento*, Madrid, 1945, pp. 201-209; en T. Boccalini, *Pietra del paragone politico*, Sabioneta, 1619, pp. 34-35 y 70-72. Sobre la literatura política suscitada por la guerra con Francia véase J. M.^a Jover, *op. cit.*, esp. pp. 319-325, y M. Devèze, *L'Espagne de Philippe IV*, París, 1970, pp. 153-170.

cia, la Soberbia reina en España «con todos sus aliados: la estimación propia, el desprecio ageno, el querer mandarlo todo y servir a nadie, hazer del Don Diego y vengo de los godos, el lucir, el campear, el alabarse, el hablar mucho, alto y hueco, la gravedad, el fausto, el brío, con todo género de presunción; y todo esto desde el noble hasta el más plebeyo» (C., I/13, p. 376). En el reparto de bienes de la Fortuna, también dice, «a los españoles les cupo la honra, a los franceses el provecho» (II/3, p. 89), y ya se sabe que ambas no caben en el mismo saco. Así, los franceses «estiman más una onça de plata que un quintal de honra» (II/8, p. 254). En otro lugar, «franqueavan [las alegóricas puertas del interés] a todo hombre, si ya no fuesse algún jugador descuidado, gastador o castellano, gente toda de la cofadría del hijo pródigo. Mas a los viejos, a los franceses y catalanes, puerta franca, y aun les combidavan con el manejo» (II/3, pp. 110-111).

Otro eje de contraposición está constituido por la diferencia de temperamentos: «los españoles, que están en opinión de los más detenidos y cuerdos, son llamados de las otras naciones los tétricos y graves, como al contrario, los franceses son alegres y que van siempre brincándose y bailando» (III/9, p. 292); «¿No veis aquel que entrava saltando y bailando a la francesa cómo sale mui tétrico y mui grave a la española?» (II/3, p. 30). Por ello resulta casi un imposible «un español humilde, un francés grave y quieto» (II/2, p. 82). La pausada gravedad del español era proverbial a la sazón y resultaba de su altivez: ¹¹ en cambio, sin los prejuicios de aquel, el francés se mostraba a todos como ligero, inconstante e inquieto. Así, leemos que «una vez, entre otras, tumultuaron los franceses y con la ligereza que suelen» (II/32, p. 86).

Claramente, Gracián encuentra censurables los extremos representados por ambas naciones: «Andávase [el Desengaño] de unos en otros estrellando verdades: dezíale [...] al español que no fuesse tan tardo, y al francés que no se moviesse tan de ligero» (III/5, p. 151). Y es que el escritor aragonés concibe ambos países como un conglomerado de grandes vicios y virtudes, expresándose en parecidos términos para unos y otros: «[los españoles] tienen tales virtudes como si no tuviessen vicios, y tienen tales vicios como si no tuviessen tan relevantes virtudes» (II/3, p. 101); «—Tienen [los fran-

11. Véase C. García, *op. cit.*, pp. 200 y ss. Esta gravedad soberbia se expresa en Francia con *rodomontades*, como observa Ambrosio de Salazar en su *Espejo general de la gramática en diálogos* (Rouen, 1614); véase A. Morel-Fatio, *Ambrosio de Salazar et l'étude de l'espagnol en France sous Louis XIII*, Paris-Toulouse, 1901, pp. 49 y ss., y, del mismo, *Etudes sur l'Espagne*, 1.ª serie, Paris, 1888, pp. 1-30. Sobre los estereotipos formados en Francia, véase G. Demerson, «La psychologie ethnique dans les *Commentaires* de B. de Monluc» en *Estudios de literatura española y francesa, siglos XVI y XVII. Homenaje a Horst Baader*, ed. F. Gewecke, Barcelona, 1984, pp. 179-194.

ceses] grandes virtudes. —Y tan grandes vicios, que no se puede fácilmente averiguar cuál sea el rei» (II/8, p. 254).

Estos rasgos últimamente señalados se encontrarían en la raíz de dos diversas formas de guerrear. Mientras que los españoles son «valientes, pero tardos» (II/3, p. 102), se dice a los bulliciosos franceses: «Avéis de inquietar todo el mundo. Seréis activos, gentes de brazo, no pararéis un punto: malos sois para vezinos» (II/8, p. 247). En un precedente de su obra admirado por Gracián, los *Ragguagli di Parnasso* (traducido como *Avisos del Parnaso*), compuestos en 1612-1613 por Traiano Boccalini, se calificaba a los franceses de «indiscretos, furiosos, impertinentes, sobre toda humana criatura alocados, ingratos...».¹² Así había ganado Francia la reputación de la nación más guerrera de Europa: en *El Político* habla Gracián de la «belicosa Francia» y de «la conatural guerra de Francia».¹³ Con todo, como también recuerda el escritor, había correspondido a España y no a Francia el dominio del mundo (C., II/8, p. 251).

La causa se buscaba en uno de los tópicos de mayor solera: como señala por ejemplo J. Bodin (o Bodinus) en su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566), desde Polibio y César se sabía que los antiguos galos, impetuosos en el ataque, se desmoronaban ante la menor resistencia. En la misma obra se apunta a la relación entre temeridad y ligereza: «Galli leues appellarentur. Sed cum leuitas nihil aliud sit quam in dictis et factis inconstantia quaedam, profecto temeritas debuit, non leuitas appellari.»¹⁴ En su *Ritratto delle cose di Francia* (1508), Maquiavelo observó: «E Franzesi per natura sono più fieri che gagliardi o destri: e in uno primo impeto chi può resistere alla ferocità loro diventano tanto umili e perdono in modo l'animo che diventano vili come femmine.»¹⁵ Por su parte, el jesuita Giovanni Botero, en *Delle relazioni universali* (1593), apunta que son «en los primeros movimientos vehementes, y lentos en la prosecución dellos», y «porque este ímpetu y furor les dura poco, es causa de que con mayor facilidad ayan conquistado, que conservado lo adquerido»; se ilustra la apreciación en las guerras de Italia, en las que se pudo comprobar que «las fuerzas de Francia consisten en el

12. T. Boccalini, *Avisos del Parnaso*, trad. F. Pérez de Sousa, Madrid, 1635, fol. 45 r.

13. *Obras completas*, cit., pp. 52 y 53; véase *Agudeza*, *ibid.*, p. 508. Véase T. Boccalini, *Avisos*, cit., fol. 78: «belicosa nobleza de Francia». No es raro así que los españoles aparezcan como cobardes en los asedios y tiránicos con los vencidos en la sátira antiespañola de Simon Moslard, *Emblesmes sur les actions, perfections et moeurs du Seigneur espagnol* (Middelbourg, 1608), *apud* A. Morel-Fatio, *A. de Salazar*, *op. cit.*, pp. 55 y ss.

14. I. Bodinus, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, París, 1572, p. 181; véanse pp. 180, y 133 y ss., sobre la manera de combatir con los galos. Véase T. Boccalini, *Avisos*, cit., fol. 133 v.

15. N. Machiavelli, *Opere*, ed. M. Bonfantini, Milán-Nápoles, 1963, pp. 473-474.

primer ímpetu y las de España en la dilación y la perseverancia». ¹⁶ Saavedra Fajardo retrata así a los franceses: «Con la misma celeridad que se encienden sus primeros ímpetus, se apagan. Ni saben contenerse en su país ni mantenerse en el ajeno: impacientes y ligeros.» ¹⁷

Gracián se suma a esta hilera de autoridades que sería bastante fácil alargar. En el balance de méritos y defectos se espiga: «—¡Qué belicosos y gallardos sus naturales! —Pero inquietos; los duendes de la Europa en la mar y la tierra. —Son un rayo en los primeros acometimientos. —Y un desmayo en los segundos... —Emprenden mucho. —Y ejecutan poco y conservan nada; todo lo emprenden y todo lo pierden... —Tienen vizarras entradas para hacerse señores del mundo. —Pero, ¡qué desairadas salidas! Que si entran a laudes salen a vísperas» (II/8, pp. 252-253). Esto último es una alusión ingeniosa a las vísperas sicilianas, matanza de franceses que señaló el comienzo de su ocaso en Italia (parecido chiste en *Agudeza y Arte de ingenio*, XLIX). Esta última frase nos da la pista de una posible fuente seguida por Gracián. En el *Icon animorum* (1614), ensayo antropológico que John Barclay o Barclayus agregó a su novela latina en clave política *Satyricon* (1603-1607), ¹⁸ se pasa revista a una tipología nacional europea; al llegar el turno a Francia, se abunda en observaciones del mismo género que las citadas. Así: «ut ubi in exteris exundat [Gallia], statim impetus sui oblita: eo modo nec diu externum imperium tenuit, et sola est in exitium sui potens. Longobardiam, Neapolim, Siciliam, et plerasque alias per orbem terrarum provincias, frequentibus victoriis subegere... laeta semper bellorum initia atroci exitu corrumpentes». ¹⁹

El mismo Barclay, nada complaciente con los españoles, por lo demás, traza un retrato opuesto de éstos: «Reconditae illis mentes, et ad lenta consilia idoneae... Arma et pacem ex suis temporibus sapientissime aestimare.» ²⁰ Pero Gracián podía ya comprobar que se habían vuelto las tornas y que las armas españolas (y con ellas el vasto imperio) corrían peligro de sucumbir. Por ello, en la crisis

16. Cito por las traducciones *Descripción de todas las provincias y reynos del Mundo*, trad. J. Rebullosa, Barcelona, 1603, I, fol. 27 v, y *Relaciones universales del mundo*, trad. D. Aguiar, Valladolid, 1599, II, fols. 3 r, 98 v, respectivamente. En la biblioteca de Lastanosa pudo consultar este texto, así como por ejemplo otra famosa descripción geográfica: el *Theatro del orbe de la tierra* (Amberes, 1602) de Abraham Ortelio. Véase A. Gutiérrez, *op. cit.*, p. 214. Opiniones similares en C. García, *op. cit.*, p. 235 (texto en francés).

17. D. Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*, emp. LXXXI, en *Obras completas*, ed. A. González Palencia, Madrid, 1946, p. 582. Véase T. Boccacini, *Avisos*, cit., fol. 57 v: «a la francesa obrar primero y discurrir después». Otras referencias en A. Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 453-457.

18. Estudio éste y otros influjos de la novela latina en *El Crítico* en un trabajo próximo a salir en el *Homenaje al Prof. Vilanova*.

19. J. Barclayus, *Euphormionis Lusitani Satyricon*, Leiden, 1619, p. 338.

20. *Ibid.*, p. 594.

«La armería del valor», alaba el arnés de Felipe III, rey pacífico, que, al revés que su sucesor, no había perdido ninguna almena, «que es mucho más el conservar que el conquistar» (II/8, p. 267): a la defensiva, pues, en paralelo a la evolución de su arquetipo de *El Héroe* (1637) a los héroes con minúscula de *El Criticón* (1651-1657).²¹ Alguna vez, asomaba en el pesimismo de Gracián un rayo de esperanza, como en la victoria española ante Lérida, en la que tomó parte significada como capellán castrense y que describe magníficamente en una carta. Allí, pudo tener experiencia directa de la impetuosidad gala (y no por estereotipos): «Nueve veces los acometió Ancourt [el terrible general francés conde de Harcourt], y todas le rechazaron, matándole lo mejor de su nobleza, y él en tanto peligro que le mataron el caballo. Entonces dos caballeros suyos le retiraron, diciendo que el lugar de el general no era dónde le matasen, sino dónde matase. Estaba loco de rabia.»²² Quizás entonces, y sólo entonces, pudo dar por buenas las palabras de Juan II de Aragón, consignadas en *El Discreto*: «hasta hoy más había obrado la tardanza española que la cólera francesa».²³

21. Véase M. Z. Hafter, *Gracián and Perfection*, Cambridge, Mass., 1966, pp. 89-169.

22. Carta de 24 de noviembre de 1646, en *Obras completas*, cit., p. 1134.

23. *Ibid.*, p. 86. En el momento de redactar estas páginas desconocía aún los estudios de B. Pelegrín, «La France dans le *Criticón* de B. Gracián» en *La découverte de la France au XVII^e siècle*, París, 1980, pp. 509-527; «Les Français dans *La hora de todos* de Quevedo et dans le *Criticón* de Gracián. De la satire à l'allégorie» en *La contestation de la société dans la littérature espagnole du Siècle d'Or*, Toulouse, 1981, pp. 179-191, y «Une certaine idée de la France» en *Voyages et voyageurs*, Bruselas, 1984, pp. 37-45, con los que mi trabajo presenta puntos de coincidencia y elementos complementarios.

